

La muerte anticipada (*)

Por Gabriela Rodríguez (**)

*-“¿Quién eres tu? -La muerte.
-¿Vienes por mí?. -Hace ya tiempo que camino a tu lado.”*

El afán de rebajar la muerte de necesidad a contingencia no se le escapa a Sigmund Freud en un escrito de 1915 donde se puede leer la atmósfera propia de los meses posteriores al estallido de la primera guerra mundial. Allí sostiene con argumentos: a la idea de la muerte concebible como algo natural, incontestable e inevitable, se opone una “actitud frente a la muerte” que se manifiesta en una tendencia inequívoca a hacer a un lado la muerte, eliminarla de la vida, considerarla irreal. Es que dos actitudes contrapuestas frente a la muerte, dominan la vida psíquica y configuran una suerte de actitud cultural-convencional - así la denomina Freud - que tiene más de negación que de construcción social. El inconsciente en este punto, no se comporta de manera diferente, “no cree en la propia muerte, se conduce como si fuera inmortal”. Semejante estado de cosas se proyecta sobre la vida como una sombra, la inexistencia de la muerte con las costas relativas al valor propio de la vida, hace de la vida un flirt norteamericano - la metáfora es freudiana - se vuelve insípida e insustancial.

El horror de la guerra había perturbado esa actitud convencional que se había adoptado hacia la muerte, cierto es que ya no se dejaba desmentir tan fácilmente. Sin embargo esto no desmiente la tesis a la que ha podido aventurarse el psicoanálisis acerca de la inexistencia de la muerte en el inconsciente, ni elimina el deseo de muerte que lo habita. Para Freud, de esta constatación, no surge la necesidad de una narración sobre la ética, sino la neurosis. Dos pequeños ejemplos acompañan su argumento: el cuidado y preocupación hipertierna que vela por el bienestar de algún familiar o los autorreproches absolutamente infundados por la muerte de una persona amada.

La cuestión de la muerte vuelve a emerger en 1920, en un contexto de revisión de su doctrina. Freud invierte el argumento y afirma: “Si uno está destinado a morir, y antes debe perder por la muerte a sus seres más queridos, preferirá estar sometido a una ley natural incontestable, la sublime Necesidad, y no a una contingencia que tal vez habría podido evitarse”. Esta creencia que sitúa una legalidad interna propia del morir, acaso no sea más que una ilusión, Freud es renuente

a dar a esta creencia un valor originario, tal y como lo prescribía el espíritu evolucionista de la época, constata que ni incluso en el llamado “hombre primitivo”, existe la idea de una muerte natural, esta es siempre atribuida a un enemigo o a algún elemento maligno. Razón por la cual estima de cierta utilidad someter esta creencia al examen de la ciencia biológica.

Para su asombro reina poco acuerdo entre los biólogos respecto del problema de la muerte, más aún el concepto mismo de muerte “se les deshace entre las manos”. August Weismann, un biólogo alemán que le sigue a Darwin en la escala de notoriedad, había desarrollado en 1892 una teoría sobre la herencia, fundada en la diferenciación de la sustancia viva en una mitad mortal y otra inmortal. La mortal que hace al cuerpo en sentido propio está sujeta a la muerte natural, mientras que la inmortal ubicable como la potencia de las células germinales, puede en determinadas condiciones volver a desarrollarse en otro individuo, es decir otro cuerpo, de allí su condición de inmortal. Freud atento tanto a la inspiración dualista que se empeña en salvar, como movido por una suerte de “adivinación” del devenir actual de la biología, encuentra una “inesperada analogía” entre el desarrollo de Weismann y su teoría de las pulsiones. Extrayendo de aquellos elementos que le permiten sostener la aventurada hipótesis de un movimiento hacia la muerte propio del viviente, a contrapelo del famoso principio del placer que organizara su doctrina, descubre una insistencia que se expresa en la necesidad de repetición que constituye una espectacular tendencia del ser hablante contraria a la adaptación, entendida como bienestar del cuerpo, lo que redundará en una profunda perturbación de la regulación vital.

La abismal pulsión de muerte freudiana, será una noción oscura impuesta por lo que ocurría en la experiencia del análisis, un retorno paradójico a un estado anterior que Freud identifica con la muerte - retorno a lo inanimado - frente al cual reuló el psicoanálisis que le siguió. Es Jacques Lacan quien en el año 1954 en el contexto de su segundo seminario, somete a una “crítica literal” esta elucubración freudiana. Allí leemos más de una vez la insistente pregunta: por qué

llamar a eso “instinto de muerte”. La metáfora que esta especulación supone, entregará a Lacan las llaves de la acción de una cadena, a cuyo funcionamiento se somete el viviente en tanto ser hablante, la cadena del significante. Renovando la apuesta freudiana al conectar el dualismo pulsional a la autonomía de lo simbólico, Lacan realiza un movimiento que le permite afirmar que la supuesta biología freudiana poco tiene de biología. Muestra a ojos vista un desajuste ineliminable entre el organismo y su medio

La biología por su parte, modificará en gran medida su programa científico con el cambio de siglo, la observación y experimentación metódica que fundarán su abordaje morfológico-descriptivo, dará paso con el descubrimiento en 1953 de la estructura del código genético por dos bioquímicos norteamericanos, Watson y Crick, a un modelo estructural. Toda una terminología nueva emerge, nociones tales como las de información, código, mensaje, pronostican el lugar central que tendrá en adelante la noción de programa para la biología, vuelta ahora a la cibernética naciente, - una de las referencias lacanianas del seminario mencionado-. No obstante, como lo señalará Jacques Alain Miller, más allá de este paso, tanto en las tesis de Weismann como en el descubrimiento de Watson y Crick, opera el mismo esquema conceptual que desemboca en la actual ingeniería genética.

Edgar Morin en un libro de 1951, *El hombre y la muerte*, parece disentir con Freud para seguirlo desde un biologicismo. Lo importante sostiene, no es tanto el hecho de desposeer a la muerte de su carácter de necesidad, sino el estupor siempre inédito que provoca su ineluctabilidad, cambiando el acento de importancia. No obstante, señala con Freud que la antigua actitud ante la muerte no podrá ser conservada, es menester la construcción de una nueva actitud que aún no se habría encontrado – corrían los años 50’ - y se pregunta entonces en la vía abierta por Freud si será posible la construcción de esa nueva actitud ante la muerte. Pregunta que se renueva en la actualidad con su devenir programado.

Para Morin se trata de copernizar la muerte, una operación que dejaría atrás el alo de mistificación que la envuelve, que la lavaría de todo elemento patético. Una muerte desnuda, limpia, desenmascarada, en más de un sentido deshumanizada, que podrá así ser discernida, en su pura realidad biológica. Proyecto asociado a su idea de una antropología genética de base biológica, donde no se puede dejar de leer un contrafrente abierto

respecto de la antropología estructural de Levi-Strauss, y que será certificada luego por su “conversión a la biología”.

La inmortalidad como elemento propio del inconsciente no se confunde con la creencia en la vida después de la muerte, ni con la ceguera en la que vive el hombre respecto de la muerte, para Morin se trata de una amortilidad. El inconsciente concebido como un contenido en el que se mezclan en proporciones, la ceguera animal a la muerte y los deseos humanos de inmortalidad, es la sede de la amortilidad que es tanto un soporte biológico que sirve al empeño de supervivencia, como una suerte de hurto que el individuo hace a la especie en la apropiación de la inmortalidad. Finalmente la perspectiva tecno-científica con su mutación fundamental de la vida humana, será de donde se podrá esperar para Morin la posibilidad de una amortilidad. Un hombre amortil que paradójicamente ya no sería un hombre.

Para quienes nos contamos entre los lectores de Lacan la muerte evoca al menos dos dimensiones bien diferentes: la muerte como acontecimiento que pone fin a la vida y la otra muerte. Sexuado y mortal el sujeto del psicoanálisis es un sujeto afectado por el inconsciente correlato irreductible de su inscripción en el lenguaje y no un contenido de precipitados a lo Morin. En 1958 Lacan sostendrá, siguiendo la articulación que Freud hace del índice muerte, que es por causa de estar atravesado por el lenguaje que el viviente al que se llama humano, se percibe como un eslabón en la línea vital, que lo integra a una cadena que lo excede -la de un linaje por ejemplo- cadena de la que es parte integrante, uno entre tantos, por los que pasa la vida. Pero, y a diferencia del animal, el correlato necesario de esta percepción, lo revela paradójicamente no tanto como prometido a la muerte, sino como “ya muerto”. Más cercano a la Antropología estructural de Levi Strauss y en las antípodas de la antropología genética de Morin, con este “ya muerto” Lacan no refiere tanto a un “ya muerto” en relación a la vida de la especie que lo pondría en una vena biológica, sino a un modo de incluir ese elemento antivital que es la pulsión de muerte freudiana devenida acción de la cadena significante.

Un ya muerto en relación al movimiento propio de la vida que nos hace tener una relación con la muerte pero durante la vida, pues ese ya muerto que nos revela una muerte anticipada se juega para el ser que habla toda vez en que ha de poner en juego su deseo,

más allá del confort de la vida. Si la muerte en cuanto tal, constituye un término impensable, da lugar no obstante a infinidad de pensamientos y fantasías. La muerte que nunca puede ser experimentada, pues nadie sabe entre los vivos qué es la muerte, es la fuente inagotable de una muerte imaginaria o imaginada que definirá para Jacques Lacan la actitud existencial específica del hombre moderno . ¿Es que acaso seremos aún modernos?

(**) Gabriela Rodríguez: Miembro de la Asociación de Psicoanálisis de La Plata (APLP), docente del Seminario de Investigación Analítica (SIA). Coordinadora del Escritorio Clínico: Psicoanálisis y Salud Mental -Angustia siglo XXI-

Email: magabrielar@speedy.com.ar

(*) Este título es una cita del nombre dado al capítulo XVIII, del Curso dictado en 1999 por Jacques Alain Miller: *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*.

Conversación del caballero cruzado Antoni Block con la muerte. "El séptimo sello". Igmar Berman.

Bibliografía

- Sigmund Freud. "Nuestra actitud hacia la muerte". En "De guerra y muerte. Temas de actualidad". Obras Completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores.
- Sigmund Freud. "Más allá del principio del placer". Obras Completas. Tomo XVIII. Amorrortu Editores.
- Jacques Alain Miller. *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Paidós 2003.
- Jacques Lacan. *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Editorial Paidós 1992.
- Edgar Morin. *El paradigma perdido: Ensayo de bioantropología*. Editorial Kairos 2008.
- Edgar Morin. *El hombre ante la muerte*. Editorial Kairos 1994.
- En 1949 Lévi-Strauss publicaba *Las estructuras elementales del parentesco*.
- Edgar Morin. *El paradigma perdido: Ensayo de bioantropología*. Editorial Kairos 2008.
- Jacques Lacan. *Las formaciones del inconciente*. Editorial Paidós 2005.
- Jacques Lacan. "El mito individual del neurótico". *Intervenciones y textos 1*. Editorial Manantial. 1985